



**AFESE Nº 4 y 5
1976-1977**

DIARIO DE BITÁCORA

Armando Pesantes García*

No podría poner la mano al fuego en plan de fiador de la autenticidad del episodio, pero es tan verosímil que bien puede estimárselo fidedigno sin caer en materia pecable. Amén de que, como la agudeza italiana apunta cuando se trata de salir en auxilio de algún hiperbólico narrador... “*se non e vero e bentravato*”. Es el caso de la madre inglesa que, preocupada por la decisión del hijo menor de buscar nuevos horizontes para su vida en el distante Canadá, dirigió a su primogénito, ya canadiense por adopción, un cablegrama concebido en este o parecidos términos: “Tu hermano embárcase mañana destino Halifax. Fin ayudarlo instalarse ruégote recibirlo, acompañarlo primeros días”, y que como respuesta recibió la siguiente: “Sugiérote vayas tú misma pues desde Londres quedarás más cerca de él, que va Halifax que yo, que vivo en Vancouver”.

El desmesurado desplazamiento pretendido por la ingenuidad materna, de Oeste a Este, del Pacífico al Atlántico en la parte más ancha del Hemisferio Occidental, cabe producirse en proporciones igualmente exorbitantes en todos los demás rumbos de la rosa de los vientos dentro de este inmenso paralelograma geográfico que se llama Canadá. Yo mismo acabo de hacerlo, de Sur a Norte, desde Ottawa, jardín habitado y Capital de la Nación, hasta la Bahía de Hudson; desde el paralelo 45 hasta el 75 donde está localizado el Polo Norte Magnético, ultrapasando el Circulo Polar Ártico, y luego desde el Atlántico Norte hasta Alaska y las costas del Océano Glacial Ártico. Esclarezco, desde luego, que no fui a todos estos lugares semirevelados por la literatura, la fotografía y las crónicas, a recibir a nadie. Acudí, sí, en respuesta a una gentil invitación de los Ministerios Canadienses de Relaciones Exteriores, de Defensa Nacional y de Asuntos Indígenas y Desarrollo, que en combinación de esfuerzos organizan giras bienales semejantes, destinadas a presentar a los jefes de las misiones diplomáticas extranjeras una prueba testimonial de las realidades y realizaciones de este fabuloso país. Es un forma de impacto profundo e indeleble de una entidad política escasamente conocida en sus mejores detalles, que siendo segunda en extensión en la tierra, también está entre las primeras en recursos naturales, civilización, prosperidad, progreso, cultura y vocación por la paz y los derechos ajenos.

El viaje – periplo de unos 12.000 kilómetros – lo realicé en compañía de un grupo que no hubiera estado mal escogido en las ceremonias inaugurales de la torre de Babel: Djamel Houhou, de Argelia; Abdul Momi, de Bangladesh; Thakin Chan Tun, de Birmania; Lyuobomir Zhelyazkov, de Bulgaria; Gabriel Tankoua,

* Ministro de Relaciones Exteriores



de Camerún; Vivian James Woodorf Furniss, de Costa Rica; Jaques Amande, de Dahomey; Arne Bogh Andersen, de Dinarmaca; Armando Pesantes García, del Ecuador; Seth Anthony, de Ghana; Byron Theodoropolous, de Grecia; N. S. Selman, de Guyana; Privado Jiménez, de Filipinas; Nabih Noussair, de Líbano; Josef Cezak, de Polonia; Bucur Schiopu, de Rumania; Kamrton Chitkomgthai, de Tailandia; Abbas Kleist Sykes, de Tanzania y Simon Pierre Tshimbalanga, de Zaire. Dorogió la gira L.A.C.O. Hunt, Secretario General del Comité Asesor del Desarrollo Septentrional, asistido por George Anderson del Ministerio de Asuntos Indígenas y por Simon Wade y Roger La Fontaine del Protocolo de Relaciones Exteriores.

El tremendo recorrido de una semana en diferentes tipos de aviones, ómnibus y automóviles por regiones apenas adivinadas, nos dejó a todos la sensación de una gran decisión por vencer a la geografía, dominarla y ponerla al servicio del progreso humano con un alarde de técnica que infunde la más sincera admiración. Ni por un momento se produjo la sensación de aventura, a sabiendas de la infinita soledad de esas regiones donde los mejores cálculos dan la menguada cifra de un habitante por cien kilómetros cuadrados: un esmerado y permanente servicio de radio – aéreo navegación acompaña solícito a los navegantes en sus por demás muy frecuentadas rutas.

Si todo el Canadá contiene tantos lagos y ríos como para inundar de agua dulce un territorio varias veces superior al de la República del Ecuador, la región visitada – Los territorios del Noroeste y el Territorio del Yukón – acapara casi la cuarta parte del líquido elemento del país poseedor de la mayor reserva mundial de ese fluido. Desde el aire, nada impresiona mas que el laberinto inacabable de charcos de todos los tamaños, algunos ya semicongelados pese a ser el verano la estación térmicamente imperante. Entre el blancor de las precoces nevadas, se destaca la abigarrada coloración verde a toda prueba de las coníferas, y la dorada, roja o morada de los demás árboles y arbustos en sus últimos alardes de vida otoñal, antes de desnudarse para un invierno que se burla del calendario, enseñoreándose de esa tierra diez meses al año. Esto, ese aspecto fabuloso, increíblemente bello del otoño canadiense, que diríase salido de la paleta incoherente de algún pintor extravagante, solamente hasta la región sub-ártica, pues más al norte, nada; pero nada de nada, sino suelo blanco resquebrajado que sólo los baquianos pueden decir si es tierra recubierta de hielo o agua congelada.

En el Canadá todas las dimensiones son gigantescas y a rayas horizontales. Desde la frontera con Estados Unidos (conocida como la frontera desguarnecida más larga del mundo) que en gran extensión lo es el paralelo 49, y en otro considerable trayecto el curso del Río San Lorenzo, hasta el paralelo 60, se sitúan las provincias federales: Columbia Británica, Alberta, Saskatchewan, Manitoba, Ontario, Québec, Nuevo Brunswick, Nueva Escocia, Isla del Príncipe Eduardo y Terranova. Allí las grandes ciudades: Vancouver, Edmonton, Regina, Winnipeg, Toronto, Ottawa, Québec, Montral, Halifax. Allí las famosas Universidades, los magnos complejos industriales, la vida ultramoderna en ebullición. Allí las planicies infinitas, doradas de trigo capaz de



alimentar a toda la humanidad. Allí Ottawa, una joya engarzada en un jardín; Québec, reliquia fascinante que habla en francés; Toronto, jungla imponente de acero, Vancouver, urbanismo, distinción y paisaje incomparable; Montreal, tesoro de buen gusto y progreso con orientación. Allí las Cataratas del Niágara, alarde de la creación en plan de fanfarronería. Allí los Grandes Lagos, las grandes carreteras, lo grande, lo grande, lo grande... pero todo con sentido humano; todo todavía incontaminado de odios y de crímenes, todo con comedimiento, cordialidad y buenas maneras. Cómo es grande el Canadá, no solamente en todo en cuanto se mide por kilómetros, sino en sus dimensiones espirituales.

Allende el paralelo 60, los rigores del clima reducen los términos demográficos a cifras mínimas: no más de 36.000 seres humanos ocupan dos millones y cuarto de kilómetros cuadrados. Una imponente cintura de bosques, reserva maderera que se dice inextinguible y capaz de desafiar al talento destructivo del hombre, caracteriza la zona austral de los Territorios, circunscripciones político-administrativas regidas por gobiernos designados por el Gobierno federal y no electivos como los de las Provincias Federales.

Pasada la frontera forestal, como se conoce al final abrupto de la zona maderera, rica en especies (pino, abeto, roble, arce) se inicia el terrible "permafrost", congelado permanente, costra perpetuamente helada que puede tener desde pocos hasta cientos de metros de espesor y que el menguado calor solar del verano no consigue derretir. Su vegetación, completamente superficial, consiste solamente en arbustos y hierba. Las poblaciones asentadas sobre ella sufren los caprichos de sus variaciones, no siendo raro ver casas grotescamente inclinadas, semihundidas en su blando y resbaladizo basamento. Se desconocen allí los cimientos, y los gruesos troncos de árboles hacen la necesaria separación y aireación con respecto al frío suelo. Las ocupaciones blancas son allí preferentemente administrativas y las exploratorias de riquezas minerales y petrolíferas; las indias y esquimales son las áreas tradicionales de caza, pesca y recolección de pieles.

Del permafrost al Norte, la región Ártica propiamente dicha es la tundra pelada, cuarteada, azotada por huracanes, cubierta en verano por un exiguo liquen que alimenta a las manadas de caribúes. Es el fin del mundo, o el comienzo, si se lo quiere ver así, pero en todo caso, el extremo.

Y es allí, en el extremo noroccidental canadiense, entre las heladas del Alto Ártico donde desde hace dos milenios vive y muere el pueblo de la luz total y de la obscuridad total. Algunos han nacido allí. Otros están por voluntad propia; unos pocos son aves de paso de ese clima donde los temores ancestrales del hombre se materializan inexorablemente cada año. Allí es donde el sol realmente muere; donde el disco dispensador del calor y de la vida desaparece engullido en la sempiterna noche polar, envolviéndolo todo en tinieblas heladas. Es el reino de las grandes sombras y de los gigantes mitológicos, de los eclipses de medio año. La gente que vive allí ha aprendido a hacerlo con una pulsación necesariamente más lenta, como la que acompañaría la macha



de una clepsidra congelada. Pero la luz, cuando llega, es también total, brutal, inmisericorde, impositiva. En verano, es la tierra del sol de media noche, en que por días de días las retinas no tienen el descanso siquiera de una penumbra, en que los efectos del insomnio por una luz de veinticuatro horas diarias pueden tener consecuencias dañinas para la mente, acarreado fatiga, pero no sueño reparador.

El hombre allí es estoico por naturaleza. La paciencia n cuenta para él como virtud; es apenas una función. Todo en su vida se reduce a esperar: esperar que se derrita el hielo; esperar que vuelva el sol; esperar que cese el viento; esperar que llegue el avión; esperar que lleguen las focas; esperar que lleguen las ballenas. Para qué desesperarse.

Es una de las tierras más primitivas del mundo. Alguien dijo con razón que el Ártico debió haber sido creado en los postreros minutos del Sexto Día, cuando Dios andaba ya escaso de tiempo para pararse con detalles y que por ello esa parte de la tierra quedó inconclusa.

El silencio es casi total, se diría cósmico, pero de pronto se transforma en alaridos gigantes. Es el viento súbito, aullando más que cien manadas de lobos hambrientos; o son los icebergs, jugando a darse cabezazos. El paisaje diríase lunar, al no ser perturbado por algún extraviado oso polar o el bulto parduzco de algún cazador esquimal.

La primera escala del viaje fue Fort Churchill, dentro de la Bahía de Hudson, en el Atlántico Norte. Puerto utilizable apenas ochenta días al año, por él son exportados anualmente como veinte millones de "bushells" de trigo en barcos que llegan generalmente de cargados de whisky escocés. Fundado en 1670 por la famosa Compañía de la Bahía de Hudson como factoría para el comercio de pieles con los indios, sus tres mil habitantes tropiezan a cada paso con consignas de persuasión para los casos no demasiado raros de encontronazos con los osos blancos, los reyes indiscutidos del Ártico, inmensas bestias de belleza inconfiable que matan por prurito, no importa su saciedad.

El Polo Magnético

En el paralelo 75 está Resolute, la ciudad más septentrional del Canadá, mera base aérea y puerto para abastecimiento de las islas adyacentes. Funciona allí una modernísima estación de radar. Las temperaturas con extremadamente frías, de hasta 60° centígrados bajo cero. A pocas millas de distancia se localiza el Polo Norte Magnético, donde las brújulas, por efecto de la fuerza de atracción del centro de la tierra, cejan en su porfía de señalar siempre hacia el Norte y giran sin concierto sobre su eje, completamente desorientadas.

El Yukón

Si la historia de un país constituye una apropiada medida para calificarlo, el Territorio del Yukón es uno de los más notables de Norte América. Su pasado



se remonta a los lejanos días en que mineros rusos y cazadores de pieles llegaron a la región desde lo que hoy es Alaska, seguidos pronto por los adelantados de la Compañía de la Bahía de Hudson que establecieron puestos de intercambio y de comercio de pieles con los indios. Llegaron después los primeros exploradores, los comerciantes que fundaron sus empresas mercantiles y unos pocos cateadores que sospechaban la existencia de oro por estos rumbos.

Naturalmente el pináculo resplandeciente de la historia del Yukón es el episodio conocido como “La fiebre del oro” del Klondike. La procura del dorado produjo privaciones, sufrimientos, pobreza y muerte; pero también representó para unos pocos la riqueza, la aventura y las emociones que de antemano habían aceptado como respuesta al desafío de la quimera.

Un 17 de Agosto de 1896, George W. Carmack y dos indios llamados “Skootum” Jim y “Tagish” Charlie descubrieron unos inmensamente ricos lavaderos de oro en la quebrada Bonanza, tributaria del río Klondike, cerca de Dawson, un caserío situado en la confluencia de los ríos Yukón y Klondike. Las noticias sobre el hallazgo se expandieron rápidamente y la fiebre del oro se produjo en 1898. Como por arte de magia, Dawson pasó de pequeña ranchería a Dawson City, explosivo centro de la actividad febril que llegó a tener hasta 35.000 habitantes. Hoy después de un débil intento de nueva actividad debido a una falsa pista, como treinta años atrás, Dawson City duerme sobre sus laureles dorados un sueño letárgico, con 500 habitantes nostálgicos que deambulan entre los escombros del pasado esplendor. Porque, eso sí, allí están presentes todavía, algo desvencijados y no poco achacosos los testigos de esa grande aventura del hombre en pos de la tierra rápida y fácil. Este, aquí, es el establecimiento de Madame Trempley donde se adquiría a precios astronómicos “modelos exclusivos de París” para exornar las gracias de las pupilas de “la casa de Ruby”, por cierto a costa de las faltriqueras de apasionados y rudos galanes de luengos cabellos y barbas hirsutas. Ese, allá es el “Gaslight Follies”, salón de baile, cantina y garito, donde actuaban bailarinas de can – can, brooklinenses a leguas, pero que embebecían a los aielados parroquianos con sus parloteos con acento francés. Aquel, el “Montecarlo”, el temible rival del “follies” que anunciaba, además, la inminente instalación de una pianola, y cuya atracción más lujosa eran sus candilejas importadas de China. Algo más allá, el fastuoso “Flora Dora Hotel”, con “camas limpias y comida abundante; cuadras seguras y pienso seco para las bestias”, tanto o más costosas y cotizadas que un automóvil de lujo hoy. Desperdigados en todas las direcciones, restaurantes con menús en francés, el del “Hotel Bonanza” y “El Sol de Medianoche”, éste vecino de la sombrerería de Madame Zoong, caprichosa y extravagante dama autotitulada “Marquesa de Cualquier Cosa”, colindante a su vez de la diminuta redacción, dirección e imprenta del “Dawson City News”, que divulgaba con un retardo solo de tres meses las notas escandalosas de Nueva York, Londres y San Francisco. Algo de las afueras, la cabaña donde vivió Jack London y escribió algunos de sus mejores cuentos en los momentos en que su ocupación temporal de piloto fluvial le permitía. Y todavía más lejos, la cárcel que no retenía entre sus barrotes



mohosos sino a ladronzuelos y borrachines sin amparo, pues los matasietes, señores de la violencia, gozaban de impunidad que confiere la ley del león.

La gran mayoría de peregrinos del oro se volvieron a sus hogares con las manos vacías, pero al menos con vida. Unos pocos, los que lograron algo, se bebieron, se jugaron o se dejaron robar su caudal. Los menos se hicieron realmente ricos y se marcharon a tiempo para fundar dinastías plutocráticas. Otros, en fin, parte de los cien mil alucinados por la fiebre del oro, que acudieron en el tropel más dramático y pintoresco de la historia con una alforja al hombro y una pala, un cedazo y un deseo loco de opulencia fulminante, aportaron su clásico “grano de arena”, o lo que es igual, su pequeño montón de huesos congelados al incremento de un suelo que nunca conoció la caricia de un arado no recibió el homenaje de una lágrima de añoranza.

Dawson City enriqueció más que a los afortunados que dieron con vetas auríferas, a la literatura, a la fantasía, a los guionistas cinematográficos contemporáneos, y por sobre todo a las cosas, los tahúres, usureros, cantineros y damas galantes que despojaban a los andrajosos aventureros que caían entre sus garras.

Imposible llegar al Klondike y a Dawson City sin cerrar los ojos con la ilusión de, al volver a abrirlos, encontrarse de manos a boca con Charles Chaplin, grotescamente plantado, gesticulando en desapropiado atuendo, los pies irreconciliablemente divorciados; el hongo ciudadano en la cómica cabeza, los grandes ojos tristes y el bigotillo erizado, el blandiente bastón de caña en la diestra, escenificando la caricatura de “La Quimera del Oro”, retrato al natural de la codicia en pinceladas ingenuamente grandiosas.

La Capital del territorio del Yukón, a orillas del gran río de ese nombre, es White Horse, ciudad de 11.000 habitantes. Su aspecto es el casi común a las comunidades rurales norteamericanas. Algunas casas tiene la típica forma de las cabañas de leños que grabados y cuadros han reproducido en abundancia; pero en su interior son cómodas y modernas. Bancos, buenos almacenes, magníficos hoteles, gente bien vestida, su población es 90% blanca y 10% india. Es el paraíso de la pesca, con truchas deliciosas de hasta 85 libras de peso. A 80 kilómetros de Alaska, está unida por una carretera de primer orden a Fairbanks así como a Vancouver.

La región es muy activa, particularmente en minería. El zinc y el plomo amalgamados en un mineral del que tienen que ser separados mediante un complicado proceso, son extraídos del fondo de yacimientos muy ricos. Una mina, la Anvil Mine situada cerca de la pequeña ciudad de Faro lo hace así desde hace cuatro años para fines de exportación. Ese nombre, “Faro” que pudiera inducir a la idea a algún conquistador español hasta esas latitudes, tiene empero la marca característica de la época de su partida de nacimiento, pues en la cuna fue bautizada con el nombre de un juego de azar muy en boga a la sazón.



En White Horse recibí la visita del matrimonio Kennedy, padres adoptivos de la niña guayaquileña Victoria Rea, quien aspira a adquirir un título profesional en el arte del corte y confección. Los Kennedy me hicieron mil y una preguntas sobre el Ecuador, y aspiro a que las informaciones que proporcioné les habrán reafirmado en su decisión de hacer cuanto antes una visita a la patria de Victoria.

El Ártico

Al sobrevolar el Círculo Polar Ártico, la tradición impone a los pilotos hacer dar un corcoveo al avión y luego ofrecer a los pasajeros un certificado de afiliación al “Capítulo de los Osos Polares” de la “Orden de Aventureros Árticos”. El panorama cambia de súbito en las proximidades del gigantesco delta del río Mackenzie, dédalo de canales a orillas de uno de los cuales está asentada la ciudad de Inuvik, centro administrativo y de explotación petrolífera de unos 3.000 habitantes, mitad blancos, un cuarto indios y un cuarto esquimales. Uno de sus edificios principales es la iglesia católica, administrada por el misionero belga, padre Adam, con 35 años de residencia en la región. La iglesia tiene la forma de un iglú gigantesco; en verdad, es lo único que recuerda a la clásica vivienda esquimal de hielo, pues gracias a la sofisticada tecnología moderna, el tipismo ha dejado de existir en el Ártico. Parece ser que en alguna aldea esquimal queda, para muestra de lo que un día fue el hogar de los nativos polares, un iglú... de plástico, por ese motivo probablemente repulsivo. Las habitaciones actuales son casas vulgares, pobres por dentro y por fuera. Y en cuanto a la movilización, los trineos tirados por equipos de perros atraillados son cosa de la historia; apenas quedan una escasa docena de esos grupos de lanudos, fuertes y mal encarados canes. Los nativos se mueven hoy pasajeros de unos horribles aparatos a motor, especie de motocicletas con patines, llamados “snowmobiles” y “skydoos”, tan bulliciosos y peligrosos como ellas mismas y que a causa del ruido, están produciendo problemas de sordera a los delicados oídos esquimales, acostumbrados al solemne e imperturbado silencio ártico.

Indios y esquimales conviven ahora serenamente, respetando sus respectivas zonas y cotos de caza, divididos por el Delta de Mackenzie. No siempre fue así, desde luego, y el mismo nombre “esquimal”, que es desconocido entre los hombres de esta raza, no es sino una denominación peyorativa y generalizada, endosada por los indios algonquines, que significa “comedores de carne cruda”, delicada alusión a esa costumbre.... esquimal.

En Inuvik pudimos asistir a una clase de geografía en la magnífica escuela del lugar. Los alumnos identificaron en el mapa - con alguna dificultad y ciertas vacilaciones - los países respectivos de los visitantes. Salvo tratar de encontrar a Grecia en la Oceanía y a Ghana en el centro del Estado norteamericano de Texas, todo anduvo más o menos bien.

Tuktoyaktuk



Situada a orillas del Océano Ártico, y a 70 grados de latitud norte, Tuktoyaktuk o "Tuk" tiene una población de 500 habitantes. La topografía de la región es la de un terreno muy plano, salpicado de lagos congelados casi todo el año y carentes de drenaje, ideales por tanto como lugares de incubación de los miles de millones de mosquitos que infestan la región y la hacen invivible en verano. En este sector del norte de la frontera boscosa, de vegetación rala, conviven el oso polar, el lobo de la estepa, el castor, el muskrat y otros animales perseguidos por el hombre para adornar con sus pieles a sus mujeres. Una característica regional la constituyen unos montículos cónicos de hasta 30 metros de altura, con aspecto de volcanes pigmeos, llamados "pingos". Como son congelados en su interior, el que está asentado en Tuk sirve de refrigeradora comunal.

El padre francés Lemeur, con 27 años de residencia y apostolado ártico, me transmitió el saludo de una ecuatoriana, vecina del lugar, que sabía de mi presencia allí. Como es natural, pedí conocerla sin pérdida de tiempo, y por fortuna lo conseguí. Se trata de una hermosa manabita (aunque eso sea casi un lugar común), señora Mercy Santos de Klein, por matrimonio con caballero californiano, profesor de la escuela de Tuktoyaktuk. Tiene una hijita esquimal, pues nació allí. Reside en la población desde hace tres años. me informó que es muy feliz allí; y si ella lo dice... ¡así tiene que ser! En los pocos minutos que pude estar y conversar con ella, hablamos sin parar de la lejanísima pero siempre presente Patria. Supe que nació en Bahía de Caráquez y que desde su llegada al Ártico era la primera vez que hablaba en castellano... ¡y se le notaba!

Dentro de todo hombre – cada cual más, cada cual menos – hay un montón de vanidades ocultas, reveladas, inofensivas, no tanto... pero de las verdades bíblicas, ninguna como la sentencia demoledora del Eclesiastés: "*Vanitas, vanitateom, et omnia vanitas*". "Yo fui el primero en tener tal cosa", "yo lo fui en ver tal otra", son pequeñas muestras de bobalicona vanidad. Ese que yo llamaría "complejo de pionero" me duró a mí menos de dos horas: un locutor de la CBC, cadena nacional de radio me entrevistó y yo aproveche para hablar del Ecuador y sus realidades. Hubiera jurado entonces que la mía era "la primera voz ecuatoriana escuchada en le Ártico". Mas, para mi desencanto, al final de la comida típica que se no ofreció, con bstecks de caribú que - todo es cuestión de costumbre – podían haber sido menos correosos, se acercó a mí una pareja de prominentes invitados de raza esquimal para decirme que son asiduos oyentes de La Voz de Los Andes, nuestra voz ecuatoriana para el mundo entero, verdaderas amiga de los ecuatorianos ausentes.

Los territorios del Noroeste

Todo queda muy lejos de todo en el Canadá. He perdido la cuenta del número de horas de vuelo entre una parte y otra. Creo que medio día después de salir de Inuvik arribamos a Yellowknife, capital de los Territorios del Noroeste y la mayor comunidad de esos contornos, a orillas del inmenso lago del Gran Esclavo. Antiguo asentamiento de intercambio de pieles, es hoy floreciente



ciudad moderna, con hoteles de lujo, teatro, hospital, biblioteca y centros recreativos. En sus inmediaciones hay una importante mina de oro en explotación, la Giant Yellowknife Mine. En el extremo opuesto del lago, Hay River es también un centro minero. Allí nos ocurrió la parte de la aventura que en el fondo todos anhelábamos: al volar de regreso a Yellowknife, el piloto fue notificado acerca de la desaparición de un pequeño hidroavión que había perdido contacto con la torre de aeronavegación, y se le pedía su colaboración para encontrarlo. Impresionados, todos nos pegamos a las ventanillas de nuestro avión, aspirando a la aureola del salvamento, y en realidad, a poco más de media hora de intensa búsqueda fue nuestra nave la que localizó al extraviado en una pequeña rada donde había debido acuatizar de emergencia. Pero el héroe no fue ninguno de nosotros, sino el copiloto.

Forth Smith, en pleno territorio indio, fue la última localidad visitada antes de volver a Ottawa vía Winnipeg, la metrópolis de las praderas, capital de la provincia de Manitoba, urbe moderna de casi un millón de habitantes, buenos canadienses de ascendencia inglesa, ucraniana, pakistaní e india, griega, portuguesa, judía y alemana. En Fort Smith, asiento de un parque nacional inmenso donde viven miles de búfalos, visitamos una espléndidamente bien equipada y dirigida escuela vocacional para indios; pero con comprensible desencanto se me confió que los resultados obtenidos eran lamentablemente pobres, pues la gente de la región no estaba interesada en abandonar sus hábitos tradicionales de vida (caza y pesca) y en ocuparse en las horas dedicadas a ingerir tremendas cantidades de alcohol en menesteres de rendimiento económico, en vista de que encuentran más cómodo vivir de su renta de Seguridad Social para desocupados.

El objetivo de la invitación se había cumplido: proporcionar a los representantes de naciones amigas de Canadá una visión objetiva de la vasta área situada al Norte del paralelo 60, el Ártico canadiense, su ambiente, sus posibilidades y sus realizaciones; las obras de infraestructura, las dificultades logísticas y las complicaciones sociales y ecológicas propias de un medio tan sui géneris. Esa visión, aunque fugaz, fue efectivamente suficiente y totalmente persuasiva y útil para redondear el concepto de que el Canadá, por su potencial, por su progreso y por su propio esfuerzo no es una tierra de futuro, es una magnífica realidad.

Ottawa, Otoño de 1972